

De la dicotomía urbano-rural a la emergencia rurbana

Momentos y movimientos

Gustavo Cimadevilla*

Introducción

Lo rural, según lo planteamos en trabajos anteriores, no se hubiera concebido como tal sin la existencia de su contrario. Es que si la especulación permite suponer que en un tiempo remoto el ambiente era genéricamente uno e indiferenciado, la distinción permitió cierta clase de categorización sólo cuando parte del territorio se delimitó y reconoció por cumplir una función específica. Por ejemplo, el de lugar de convivencia, ritual, intercambio y/o resguardo. (Cimadevilla, 1997) Y es lo que en latín se designó como *urbe* (*urbs*, lugar acotado).

Consolidada la modernidad, en tanto, esa diferenciación que se constituyó en dicotomía se hizo valer toda vez que lo urbano se argumentó como modelo, instancia evolutiva y destino civilizatorio. Posteriormente, en pleno siglo XX, el conocimiento sobre lo social que se involucró en la problemática vio nacer la teoría de la modernización asentada en esa lectura y específicamente en el campo comunicacional se ofrecieron aportes modelares con la teoría de la difusión de innovaciones caracterizada, particularmente, por Rogers (1962 y Rogers, E. y Shoemaker, F. 1971).

Pero las perspectivas críticas de los años '70 y '80, con una fuerte presencia de enfoques antropológicos, permitieron repensar la dicotomía urbano-rural y los dominios establecidos, al tiempo que ganaron terreno las preocupaciones por los respetos de las identidades, las culturas y las opciones de existencia. La comunicación, en ese marco, se planteó “por el otro” y “desde el otro” y los abordajes de la otredad caracterizaron ese momento.

En los años '90 las lecturas de reconocimiento de las ruralidades en plural y los procesos de urbanización de lo rural dieron lugar a la popularización de la categoría de rurbanidad que hoy está en pleno proceso de estudio y discusión. Para nosotros, sin embargo, esa lectura no presta demasiada atención a las emergencias de la ruralización de lo urbano y el enfoque de la interpenetración de los contrarios.

* Profesor Investigador del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina. E-mail gcimadevilla@hum.unrc.edu.ar

Un abordaje comunicacional, desde esa perspectiva, puede ir al auxilio de lecturas dialécticas que repiensen la rurbanidad fundamentalmente como condición social significativa. Y en este trabajo trataré de discutir algunas de las emergencias y convergencias sobre las que se apoya y discute esa posición.

Para ello ordenaré la presentación en cuatro momentos y movimientos del campo de las ciencias sociales frente a la problemática, para finalmente situar el enfoque propio como quinta instancia. Los “momentos”, en esta lectura, representan temporalidades diferenciadas que no se conciben desde un planteo lineal de escala secuencial cronológica. Esto es, con principio y fin correspondiente a una sucesión de ciclos que se superan entre sí, sino como un conjunto de temporalidades que inauguran formas de ver y entender ciertos fenómenos, incluso de manera concomitante. Así entendido, los momentos implican lecturas que una vez inauguradas conviven con otras en un escenario de perspectivas de conocimiento y comprensión coexistentes. Los “movimientos”, por su vez, representan la dinámica de las categorías conceptuales dominantes para cada momento y su interconexión, diálogo, oposición y/o articulación con otras que le son afines. Los momentos y movimientos, entonces, se constituyen en las coordenadas elegidas para avanzar en el análisis.

Momento Primero: de la indiferenciación espacial a las sociedades simples

El espacio, nos recuerda Milton Santos (1997), es visto en su propia existencia como una forma-contenido, por cuanto no puede concebirse empíricamente de forma autónoma a quién lo conformó, ni por el contrario puede pensarse filosóficamente sin la forma que lo condicionó. En la medida que el contenido deriva del hacer social sobre una forma, espacio y sociedad son inseparables. Si en el comienzo –reflexiona Santos- la configuración territorial era simplemente un conjunto de complejos naturales, la obra del hombre y su continua producción histórica tendió a substituir la naturaleza “natural” por una naturaleza enteramente “humanizada” (1997:51).^{lxxvi} El espacio, entonces, puede comprenderse como construcción social que resulta de operatorias simples y complejas.

Ahora, plantear las transformaciones sucesivas de ese espacio social en términos de su simplicidad-complejidad, supone partir de un criterio dinámico en donde la complejidad, a decir de Morin (1996), es una palabra problema más que una solución. Esto es, donde lo que distingue una coordenada socio-histórica de otra es el nivel de relaciones factibles entre sus actores y ambientes. Por tanto, refiere a instancias de orden (organización) y de desorden (en cuanto potencialidad contingente) existentes y posibles en un determinado terreno. Así visto, lo cuantitativo afecta lo cualitativo y viceversa, si se entiende que la cantidad de actores e interacciones, la posibilidad del movimiento, la transformación del espacio y el intercambio y la concepción abierta o cerrada del sistema de relaciones afecta el grado de simplicidad-complejidad existente.

En ese marco, la idea de sociedades simples y complejas -distinción de Bouglé-^{lxxvii} ya fue tratada por la incipiente antropología del siglo XIX (Mair, 1970). Y aunque el punto de inicio descriptivo era el nivel de manejo tecnológico e instrumental de un grupo humano, ello sirvió para calificar, en general, el tipo de sociedad de la que se trataba. Posteriormente William Ogburn, por ejemplo, se atrevió a insistir a principios del siglo XX en que el elemento fundamental del cambio social era el tecnológico. Su tesis, comenta González Seara (1971:224), incluía un principio exponencial básico: “entre la magnitud del desarrollo cultural y el número de inventos mecánicos hechos en un tiempo dado existe una relación positiva”.

Claro que el paso a la sofisticación de los instrumentos no hubiera sido posible sin la acumulación de experiencia y el conocimiento consecuente; y éste no se hubiera concretado sin formas de conexión social mediatizadas por el lenguaje y la apertura al intercambio. El aumento de las relaciones sociales marca entonces el aumento de esa complejidad, potenciado justamente por ese mismo conocimiento hecho tecnología, en un circuito que no permite conjeturalmente identificar inicio causal determinado.

Ahora, el aumento de las relaciones tiene teórica y espacialmente un lugar específico en donde se va a cultivar *per se*: las urbes.^{lxxviii} Los asentamientos urbanos suponen, entonces, concentración, por oposición a los espacios abiertos que suponen la dispersión de lo que se designará como rural.

Que las urbes sean una consecuencia necesaria del carácter gregario que se le adjudica a la humanidad, o que resulte del carácter estratégico que asume la búsqueda de condiciones de sobrevivencia individual y colectiva no es un punto que encuentre respuestas taxativas. En sus estudios sobre la ciudad en la antigüedad, Frank Kolb (1992) se encarga de analizar las distintas razones que dieron origen a los conglomerados urbanos, las diversas funcionalidades de esos centros y el carácter diverso de las dinámicas que explican su devenir en la historia.

Hoy tenemos indicios de asentamientos urbanos con una antigüedad de aproximadamente 8.000^{lxxix}. Pero la palabra ciudad (*stat*), designando con ello a un asentamiento con determinadas características, aparece escrita por primera vez en documentos de la Baja Edad Media; aproximadamente, aclara Kolb, al mismo tiempo que se forman los ayuntamientos medievales y se conciben ciertos derechos ciudadanos (1992:12). Ponerse de acuerdo con respecto a lo que ello implica, sin embargo, requiere de un capítulo aparte,^{lxxx} por eso el concepto de urbano, más genérico y menos exigente en condiciones de situacionalidad, resulta más útil para tratar la dicotomía con el otro polo ambiental: lo rural.^{lxxxi}

En ese marco -como se planteara en la introducción-, en trabajos anteriores (Cimadevilla, 1997) afirmamos que lo rural no se hubiese concebido como tal sin la existencia de su contrario. Sólo cuando parte del territorio se delimitó por cumplir una función específica la distinción permitió cierta clase de categorización. Pero la urbe, en cuanto ciudad, señala Kolb, se desarrolló en

cada caso por causas particulares. “Ni se produjo al mismo tiempo en diferentes lugares, ni permite reconocer un desarrollo inevitable” (1992:24). Mientras para sumerios y acadios no hay una palabra para designar la ciudad debido a su falta de importancia vital o la civilización egipcia desarrollaba su vida política y económica fuera de ese entorno, para griegos y romanos era fundamental. En la América indígena, en tanto, Romero advierte que corresponde hablar de un mundo predominantemente rural, donde “vastās áreas apenas conocieron la vida urbana” (1976:11).

La urbanidad en su modalidad compleja como ciudad, entonces, vendrá a consolidarse en occidente recién con el advenimiento de la modernidad, en la medida que se generaliza como espacio de agregación social dominante. Pero reconocida la ciudad o los poblados como tales, los escenarios rurales despertaron interrogantes, se identificaron sus especificidades y sirvieron de parámetro para diferenciar a las nuevas organizaciones sociales de aglutinación.

Los actores protagonistas de esa temporalidad, entonces, pasan de la indiferenciación del espacio a su reconocimiento funcional.

Momento Segundo: los interrogantes de la diferenciación

Los procesos de industrialización, situados en Europa, fueron de la mano con otros fenómenos como la masificación y la emergencia de grandes conglomerados urbanos. El siglo XIX fue testigo de las primeras revoluciones productivas con la multiplicación de chimeneas, asentamiento de fábricas y crecimiento incesante del número de trabajadores que dieron un nuevo paisaje a la cotidianidad social que tan patéticamente describiera Ortega y Gasset en *La Rebelión de las Masas* [1930].^{lxxxii}

En ese mundo se consolidaba el Estado como institución superior que daba cabida al territorio, a los hombres que lo poblaban y a las reglas que instauraban las modalidades de conducción y convivencia. El capitalismo se imponía como modo de producción dominante, contradictorio y excluyente -según el propio Marx (1818-1883) lo retratará-, y los estilos democráticos parecían erigirse como la forma más “racional” y “justa” de dirimir la elección de los gobernantes y los marcos en que los derechos y obligaciones ponían coto a las pasiones e intereses individuales.

Para ello, la figura del Estado era central. Era el mega-instrumento de intervención con mayor complejidad hasta ese momento desarrollado. En nombre del conjunto social al que representaba, el Estado era la institución que tenía el poder y la legitimidad necesaria para imponer su voluntad de hacer y de velar por el orden social moderno que lo pergeñaba. Los gobiernos que lo encarnaban, de a poco fueron complejizando las estructuras y ampliando y sofisticando, de acuerdo a las coyunturas nacionales, los mecanismos y áreas de intervención y las urbes fueron complejizándose también en función de sus políticas.

La comunidad (*gemeinschaft*) de las relaciones familiares, de vecindad o amistad basadas en la afectividad y el interés espiritual propio de los “organismos vivos” cede paso, entonces, a la sociedad (*gesellschaft*) de las relaciones especulativas y contractuales, donde los vínculos adquieren un rostro meramente “artificial”, sostendrá Ferdinand Tönnies (1855-1936)^{lxxxiii}. En ésta, el Estado plantea, dirime y controla el devenir de la dinámica social de acuerdo a la correlación de fuerzas que el propio capitalismo soporta con su división de clases.

En ese marco de cambio, reflexiona Williams, el contraste que se produce entre lo rural y lo urbano fue una de las principales maneras por las cuales se adquirió conciencia de las crisis y experiencias de la nueva sociedad (1989:387). Y quizás porque la literatura consigue registrar las nuevas sensibilidades sociales es que justamente Williams y también Berman pueden recurrir a la poesía, la novela y el romance europeo para mostrar las transformaciones con las que se abre paso la modernidad.

En esa búsqueda, por ejemplo, Berman encuentra en Rousseau (1712-1788) a un novelista que consigue retratar -en la obra *La nueva Eloisa*- la angustia de los jóvenes más inquietos del siglo XVIII que emigran de sus calmos paisajes rurales a la “tourbillon social” de las capitales en plena expansión:

Yo comienzo a sentir la embriaguez a que esa vida agitada y tumultuosa me condena - dice su personaje principal, Saint-Preux-. Con tal cantidad de objetos desfilando delante de mis ojos, yo voy quedando aturdido. De todas las cosas que me atraen, ninguna toca mi corazón, aunque todas juntas perturben mis sentimientos, de modo que yo olvide lo que soy y cuál es mi lugar” (Williams, 1986:18).^{lxxxiv}

En términos de conocimiento, la sistematización del análisis acerca de las transformaciones del campo vendría, entonces, con los primeros estudios rurales desde cierta óptica sociológica y con una marcada preocupación práctica^{lxxxv} que se apoyaba en una lectura dicotómica: lo rural por oposición a lo urbano. Lo tradicional por oposición a lo moderno.

En ese marco, algunos de los interrogantes más controvertidos se vinculaban a la posibilidad de que lo rural desapareciese tras el encanto urbano. La burguesía “somete el campo al imperio de la ciudad”, afirmaban Marx y Engels en su *Manifiesto del Partido Comunista* [1948]. Con la creación de grandes ciudades se arranca a “una parte considerable de la gente del campo...”, agregarán. Y Pierre Federic Le Play, intelectual francés que inauguró los estudios monográficos de base empírica y comparativa (y no menos conservador que Bonald y Comte), lo planteó al transformar algunas de las preocupaciones morales de los conservadores de la época en problemas concretos que a su entender precisaban de rigurosas investigaciones. Entre ellos estaba el proceso de disolución campesina y de las comunidades de familias rurales. Frente a ello soñaba, como lo explicita Lefevbre [1970] -en Souza Martins (1986), que se debían restaurar las tradiciones y valores de esas familias y aldeas por lo que

representaban en términos de estabilidad, obediencia y resignación frente al cuestionado orden de la época. Su preocupación era, por cierto, político-conservadora, pero su metodología de conocimiento innovó los tratamientos anteriores e inauguró una nueva línea y escuela.^{lxxxvi}

En el nuevo continente, en tanto, el estudio de las sociedades campesinas y las transformaciones de los actores sociales migrantes ocupan buena parte de la literatura latinoamericana. La novela, el pensamiento social, la interpretación cultural, la historia y la geografía humana darán cabida a los primeros escritos. Brasil -afirma Vidart (1960:307)- resulta en ese contexto una especie de “laboratorio sociológico de América”, por sus problemas étnicos, demográficos, antro-po-culturales y regionales. En Argentina -continúa el autor-, la “prehistoria de la Sociología Rural” encuentra, entre otros, a los siguientes nombres: J. y F. Ramos Mejía, J. Ingenieros, A. Alvarez, A. García, L. Arrayagaray, A. Palacios, E. Martínez Estrada y L. Mansilla con títulos como *El Federalismo Argentino*, *Las Multitudes Argentinas*, *Sociología Argentina*, *South América*, *La ciudad Indiana*, *Radiografía de la Pampa*, *Una excursión a los indios Ranqueles*, etc.

Momento Tercero: el auge de la teoría de la modernización

En pleno siglo XX, cuando las ciencias sociales ya tenían un cúmulo de intelectuales reconocidos y fundantes del campo (Comte, Marx, Durheim, Weber, etc.), el pensamiento de orientación funcionalista se encargó de profundizar la dicotomía urbano-rural por lo que ello implicaba en términos de precisar sus diferenciaciones y ubicar las especializaciones que les eran pertinentes. Ese camino permite, entonces, fundar una sociología rural propiamente dicha.

Frente a esa impronta epistémica Vidart advierte el significativo papel que tuvo la escuela norteamericana –sin por ello desconocer los clásicos estudios europeos sobre el campesinado- y señala sus avances en dos períodos: a) El primero incluye las obras de Butterfield (1920, *The farmer and the new day*); Hayes (1921, *Rural community organization*); Groves (1922, *The rural mind and social welfare*); Galpin (1918, *Rural Life*); y Gillette (1923, *Rural Sociology*). b) El segundo, en tanto, se inicia con una obra que Vidart toma como emblemática en el desarrollo del campo, por su estimable esfuerzo científico en el tratamiento de todos los temas. Se trata de *Principles of Rural Urban Sociology* (1929) de Pitirim Sorokin y Carle Zimmerman. A esta le seguirán como clásicos los trabajos de Smith (1947); Landis (1948) y Nelson (1948), entre otros.

La interpretación acerca del origen y tendencia de esos estudios guarda cierto consenso, aclara Newby: “Existe un acuerdo generalizado respecto a que la sociología rural surgió como disciplina a raíz de la crisis agraria de los Estados Unidos que siguió a la guerra civil”. Por entonces las organizaciones de agricultores buscaron apoyo en el estado nacional para hacer frente a la debacle económica y ello suscitó una mayor atención al sector.^{lxxxvii} Como consecuencia

directa de esa atención en 1908 el presidente Theodore Roosevelt creó una comisión para estudiar la vida rural (*Comision on Country Life*) que, según relatara Smith, fue responsable en gran medida del avance que tuvo la investigación sociológica rural y también su enseñanza en los estados de la unión.

Esos estudios, propone Smith (1947), nunca consiguieron desprenderse de una visión romántica y hasta cierto punto arcaica, fuertemente ligada a los intereses de la iglesia que veía decaer su influencia en las áreas rurales y lo vinculaba al deterioro de sus comunidades. La Comisión, sin embargo, generó un enorme estímulo a la investigación y también determinó la forma en que se llevaría a cabo, con un sesgo fuertemente aplicado y “la creencia inquebrantable en las virtudes de la vida rural”, sus valores y costumbres, relata Newby (1983:24).^{lxxxviii}

Al mismo tiempo, ese conocimiento comenzó a impartirse en las universidades formando parte de la disciplina *sociología rural* que ganó su espacio en los planes de estudio. En ese marco, Gillette publica un primer texto de la asignatura (1913) titulado *Constructive Rural Sociology*. La crítica más fuerte a todo ese empeño es que la sociedad rural en sí pocas veces fue vista como algo problemático. En realidad la preocupación giraba en torno a “cómo conservar sus cualidades saludables contra la debilitación que introducían fuerzas sociales extrañas (urbanas), a fin de impedir la desintegración de las comunidades rurales y la decadencia de la forma tradicional de vida rural” (Newby, pág. 26).

La preocupación por la metodología y el carácter científico de los estudios se avaló con aportes estadísticos y, a decir de Taylor, se cayó en un empirismo superficial, tediosas descripciones de las organizaciones rurales, interminables estudios sobre la difusión de innovaciones y justificaciones sin sentido de las diferencias entre lo rural y urbano.^{lxxxix}

En ese marco, la escasa problematización teórica y el reniego por la reflexión paradigmática se suplió con algunos planteos de carácter funcionalista que, independientemente de los datos de campo, abonaban las especulaciones escritas.

La vertiente teórica, entonces, partía de los esquemas que tomaban la modernización como eje de análisis. Esa línea se empezó a tejer apenas iniciado el siglo XX, como consecuencia del desarrollo de la sociedad industrial (mayor tecnología, mayor producción, mayor inversiones y crecimiento económico), pero tuvo su auge en las décadas del '40 y del '50, particularmente.

El razonamiento general de la época puede resumirse así: <A lo largo de la historia, el hombre -a través del conocimiento y la organización social- ha avanzado en la resolución de problemas superando sus niveles de atraso. Si vastas regiones del globo presentan, por ejemplo, carencias significativas en sus niveles de producción de alimentos y/o capacidad de organización social, es posible y deseable transferirles la experiencia de aquellos centros que

resolvieron esos problemas. El conocimiento pasa entonces a ser el motor del cambio, instrumentado por una apoyatura técnica y condiciones de financiamiento que lo hacen viable en un contexto de mercado regulado por el Estado.>

En esa lectura, simplificada por cierto, tres supuestos parecen reconocerse como esenciales: 1) Las sociedades siguen -o deben seguir- caminos de evolución semejantes y perfectibles; 2) esos caminos se representan y recorren por un cierto modelo de deseable imitación; y 3) es el contexto de libertad de mercado, guiado por cierta intervención estatal, el que mejor asegura los beneficios colectivos de esa adaptación.

En ese sentido, por tanto, las bases del razonamiento ya fueron al menos explícitamente colocadas en el siglo diecinueve. Que el destino colectivo es relativamente el mismo o que, por defecto, uno al menos es el que merece tomarse en consideración, recuerda el viejo argumento que los evolucionistas esgrimieron para intentar explicar el devenir social y las esperanzas sobre un futuro mejor. Desde los primeros planteos de la teoría de los cuatro estadios, la idea de cierta inevitabilidad de las fases de evolución -por ejemplo desde la primitiva caza al pastoreo, la agricultura y posteriormente el comercio (Meek, 1981)-^{xc} y la consecuente lectura de un “progreso” lineal y posible sedujeron a los intelectuales de la época. Su afán, entonces, era alcanzar una teoría social que expusiese las leyes que regían el comportamiento de los grupos humanos a lo largo de las geografías y de los procesos históricos. A los planteos de Turgot y Condorcet le siguieron Spencer, Darwin y Malthus.

Para los primeros evolucionistas -relata Barbosa (1986)-, el foco central de interés era el desenvolvimiento de la cultura de la humanidad como un todo, y no de una sociedad específica. Intentaban captar el ritmo de crecimiento sociocultural del hombre y, a través de las similitudes encontradas, formular generalizaciones de amplia aplicabilidad que, explicasen el desarrollo de la historia humana. Para ellos, la cultura se había desenvuelto en todas partes del mundo de forma similar y en estadios sucesivos caracterizados por organizaciones económicas y sociales específicas. Por esos estadios deberían pasar todos los grupos humanos, unos más rápidos que otros. Ese desarrollo de la humanidad obedecía a una dirección única, de formas más simples de organización social para formas más complejas^{xci}.

En ese marco, agrega posteriormente Barbosa, otra cara del evolucionismo -con severas críticas por su concepción etnocentrista- sostenía que la “evolución estaría ligada a la noción de inevitabilidad del progreso o perfeccionamiento”, asumiendo que éste se regía por los parámetros alcanzados por la sociedad europea del siglo XIX, la que parecía ser “la fase final del progreso humano” (Barbosa, pág.445).^{xcii}

No tan lejos en el tiempo, al concepto de “progreso” se agregó el de “modernización” y “desarrollo” para ocupar un lugar destacado en el discurso político y social que atravesaba las instituciones, regiones y países. Tras esa retórica, entonces, fueron sentándose las bases para la organización social y

productiva. Luego, al borde del tercer milenio, ciertas voces que auguran el “final de la historia” parecen reeditar aquella idea: la de plantear que el inevitable destino de la humanidad es converger hacia una organización abierta, de base democrática occidental y conducta de mercado. La constante, entonces, es el reconocimiento de un horizonte común, valorado, justificado y, por tanto, motivo de imitación para acelerar los procesos de homogeneización de las condiciones que permiten su imposición, bajo el supuesto de que sus bondades generales podrán observarse en el futuro mediato para el conjunto de la humanidad.^{xciii}

En el plano comunicacional, el conocimiento asociado fue el de la teoría de difusión de innovaciones, particularmente en la versión desarrollada por E. Rogers (1962). Su obra *Diffusion of Innovations* (1962), se divulgó ampliamente y tradujo al español (entre otros idiomas), convirtiéndose en referente de lo que se denominara *difusionismo* entre las corrientes comunicológicas.

Para Mattelart (1993), el conocimiento comunicacional generado e incluso aplicado en instancias de intervención para el desarrollo y la modernización, partía de tres supuestos básicos que solían ser los orientadores de los modelos por los que se regía la acción, a saber: a) “la comunicación engendra por sí misma el desarrollo”; b) “el crecimiento de la producción y del consumo de bienes y servicios constituye la esencia del desarrollo y desemboca en un reparto justo de la renta y de las oportunidades”; y c) “la clave del aumento de la productividad es la innovación tecnológica” (Mattelart, 1993:188).

En esa síntesis, la primera sentencia recurre evidentemente a ciertos principios que el difusionismo antropológico dejó como legado. Por ejemplo: que ciertas similitudes culturales en el terreno de las ideas (Bastian, 1826-1905) o en la apropiación de utensilios y herramientas (Ratzel, 1844-1904) son una consecuencia de la extensión en el mundo de las migraciones y traslado de objetos e instituciones (Mair, 1970).^{xciv} La transmisión de objetos e ideas aparece, entonces, como fenómeno comunicacional que explica por qué los pueblos tienen determinados niveles de organización y complejidad social y técnica. Llevado al terreno de la intervención, por tanto, el supuesto permite sostener que desencadenado un determinado proceso comunicacional que permita la difusión de objetos e ideas mediante la demostración de sus bondades, puede esperarse positivamente que ellos sean apropiables por aquellos destinatarios de la acción que supuestamente reconocen las mejoras atribuibles a las innovaciones puestas a disposición.

En ese marco y a nivel contemporáneo, la lectura positiva de la adopción generalmente se entiende si se pone como marco contextual a la sociedad de mercado que da sentido a la acción de los sujetos sociales. Esto es, si se reconoce que en ésta los razonamientos predominantes para la mejora de la calidad de vida se vinculan a la mejora en los niveles de ingreso y, por tanto, a las actividades productivas a las que éstos se ligan. Desde esa perspectiva,

entonces, la difusión de las ideas o procesos y las tecnologías que mediatizan las mejoras en la producción se instituyen como razón de ser de los esfuerzos de difusión y procura de convencimiento para la adopción. Ello supone, a decir de Mattelart, que la base del razonamiento económico postula que ese es el mejor camino para avanzar hacia el “desarrollo” y un justo reparto de la riqueza acumulada. Aspectos que, evidentemente, devienen de un modo de interpretar el funcionamiento de la economía y la dinámica social y que resultan funcionales a la lógica del régimen capitalista de producción y sus consecuentes relaciones sociales.

Ese modo de vincular las mejoras económicas a la calidad de vida tuvo, desde sus inicios, al cambio técnico como eje de superación. De hecho, la sustentación del capitalismo como modo de producción encontró en el desarrollo tecnológico y el conocimiento la posibilidad no sólo de multiplicar las mercancías en cantidad y variedad antes no imaginables sino de establecer las bases para un tipo de relación social específica. El conocimiento, desde los albores del capitalismo, fue considerado un condicionante significativo de las fuerzas productivas -según el propio Marx lo considerara (Santos, do 1983)^{xcv} - y factor clave para entender las transformaciones económicas y sus efectos socioculturales, aspecto que se reconoce y comparte desde diversas vertientes teóricas y disciplinarias (Keynes, Schumpeter, Adorno, Mandel, McLuhan, Tofler, etc.).

Siguiendo ese razonamiento, entonces, puede decirse que el conocimiento también fue el eje motor de las intervenciones tendientes a transformar las carencias más acuciantes de las realidades rurales. Y la tesis de una transformación posible quizás encontró en Rostow a uno de sus intelectuales más citados. Para el autor de *The stages of Economic Growth* (Las etapas del Crecimiento Económico, 1960), la clave del desarrollo de las naciones, o mejor dicho, lo que explica el modo en que éstas superan sus estadios de organización y producción, descansa en la estabilidad de sus flujos de absorción de tecnología^{xcvi}. Un concepto clave para esa tesis, por tanto, es el de “modernización”, en cuanto proceso que permite alcanzar determinados patrones de conocimiento que facilitan la superación de los niveles de atraso.

En torno al concepto, las posiciones presentaron una amplia gama de tesis que relacionaron el proceso de cambio de una sociedad “tradicional a una moderna” a diversas variables. En algunos casos económicas (por ejemplo en cuanto al lucro individual -Lerner-), en otros psicosociales (por ejemplo actitudes de integración -Parsons y Levy-), o incluyendo enfoques integrativos o de mayor complejidad vinculados a las particulares situaciones de los países no desarrollados (G. Germani).^{xcvii} En casi todos los estudios, no obstante, la preocupación por las sociedades menos modernas -utilizando en general el concepto de subdesarrollo- llevaba implícito el reconocimiento de que esa condición surgía por comparación a los parámetros dados por las propias sociedades consideradas “desarrolladas”^{xcviii}. Lo tradicional o subdesarrollado,

por tanto, lo era en relación a aquello moderno o desarrollado. El conocimiento, en la relación entre un estadio y otro, sin dudas era factor clave para explicar parte del proceso que llevaba o llevaría a una región desde una condición hacia otra.

En ese sentido, los primeros esfuerzos por llevar tecnología al medio rural partieron de ese principio. La sistematización, por ejemplo, de los servicios de extensión rural desde la esfera pública no hicieron otra cosa que sostener su legitimidad bajo ese razonamiento. Y toda la dinámica económica que se desarrolló posteriormente desde la esfera privada también así lo hizo.⁹A saber, dada una cierta cantidad de factores productivos determinados y constantes (extensión de tierra, fuerza laboral, sistema de explotación, etc.), es el conocimiento el generador de nuevos estadios productivos superadores de los niveles anteriores.^{xix} Y la dicotomía urbano-rural, para ello, resultaba suficiente.

Momento Cuarto: jerarquización y emergencia rurbanda

A medida que la década del noventa avanzaba y los estudios se interesaban por las transformaciones de lo global y los flujos acelerados de la economía, la tecnología y las finanzas, así como por la crítica exclusión de vastos sectores sociales, algunos de los interrogantes también se vincularon a las transformaciones advertidas en la dinámica de lo urbano y de lo rural y la configuración de nuevos escenarios. Estos, a partir de la óptica de diversos estudiosos (Graziano da Silva, J. (1999); Klein, J. (1992); Schneider, S. (2001); Carneiro, M.(1999); Weller, J. (1997); y Moreira, J. (2003), entre otros) permitían hablar de un "nuevo mundo rural" y, además, caracterizar lo "rurbanda".

El concepto de rurbanda retoma una vieja preocupación expresada por Le Play en el siglo XIX y por Anderson o Guigou en los años 60^c respecto de la tendencia a la "*extinción de lo rural*" y la total "*artificialización del ambiente*", según ya lo destacáramos. Aunque el concepto fue particularmente propuesto por Galpin a inicios del siglo XX (1918).

Siguiendo esa línea, trabajos recientes (entre otros: Schneider, 2001; José Graziano da Silva y Mauro Eduardo Del Grossi, 2001; Hugo Vela y A. Hetzel, 2003, Moreira, 2003) sostienen que se verifica cierta urbanización de lo rural con un crecimiento generalizado de las actividades no agrícolas en ese espacio, en tanto fenómeno que, además de vincularse a la modernización de la agricultura, también se relaciona con alteraciones en las estructuras familiares, los perfiles de la demanda de empleo y el surgimiento de la pluriactividad como estrategia de sobrevivencia.

Lo *rurbanda*, entonces, caracteriza a un continuo que toma distancia de las lecturas polares y procura apoyarse en el supuesto de las penetraciones y articulaciones que modifican la dinámica y lógica de los espacios sin que por ello se anulen o extingan los precedentes. En ese caso, de una penetración de lo urbano sobre lo rural. Posición que se sostiene claramente, por ejemplo, en la

línea de investigación del Instituto de Economía de la Universidad Estadual de Campinas.^{ci}

Pero la idea de una relación no tan dicotómica asociada a un continuo urbano-rural, aunque presuponiendo cierta jerarquía de uno de sus polos o de una dominación de lo urbano sobre lo rural, tiene también una larga data. Tönnies (1855-1936), quien inicialmente se preocupara por las transformaciones de su época y el tipo de relaciones sociales que caracterizaban los lazos tradicionales y los emergentes modernos y no sus sistemas sociales reales; esto es, tipos ideales que refieren a relaciones basadas en la vecindad y amistad (*gemeinschaft*) o la racionalización y el cálculo (*gesellschaft*) a decir de Solé (1998:42), también cayó en la tentación de cosificar sus instrumentos analíticos. Al referirse a la vida rural de su época, afirmó que la *gemeinschaft* “está más fuerte y viva allí”; mientras la dinámica social instaurada advertía el proceso de racionalización social que avanzaba. Por tanto, de la hegemonía que la *gesellschaft* planteaba en esa relación dicotómica que trascendía los espacios.

Posteriormente Simmel, Wirth, Sorokin, Zimmerman y Redfield, entre otros, de cierto modo seguirán trabajando con el principio del continuo rural-urbano bajo la suposición del dominio creciente de ese último, pero será con Pahl (1966) que esa presunción tendrá un fuerte cuestionamiento. Para el autor, “lejos de existir un único continuo de *gemeinschaft* a *gesellschaft*, se pueden encontrar relaciones de ambos tipos en las mismas localidades”, advertirán Newby y Sevilla Guzmán (1983:44) citando al autor. La lectura sobre el tipo de relaciones, por tanto, pretenderá superar las perspectivas clásicas de la caracterización de los ambientes, en una instancia en que lo rural aparece siempre subsumido y escasamente definido.

Aunque esa indefinición, vale aclararse, más que expresar inmadurez epistémica para muchos reflejaba simplemente la crisis que le diera origen al conocimiento especializado. Solari dirá que la sociología rural se vinculaba a dos dimensiones de crisis. Por un lado a los disturbios del marcado proceso migratorio del campo a la ciudad; y por otro, al de la invasión de la ciudad al campo. Lo que para el autor implicaba claramente un proceso de urbanización del medio rural y toda una serie de consecuencias que el desarrollo social y educativo debía enfrentar. (Solari, 1971). En ese marco el autor resaltará que el propio conocimiento, que para su comprensión se generaba, no dejaba de expresar cierta dominación de lo urbano sobre lo rural y su tendencia creciente a imponerse.

Freire, por su parte, se preocupará por tratar ese continuo rurbano como política y su esfuerzo intelectual y estratégico merecería, a la luz de los procesos históricos de las últimas décadas, un reconocimiento especial. ¿O acaso no somos menos urbanos de lo que se calcula?, dirá José Eli da Veiga (2002).

Para el autor de *Rurbanização: que é?* (Freire, 1982), la rurbanización exige una especie de ingeniería social cuyo modelo “definidor de un futuro que ya amanece es el de la integración de espacios, esfuerzos y estilos, en que, por

ejemplo, actividades primarias y secundarias se complementen e integren en un juego económico sin vocaciones imperialistas, beneficiándose el trabajador, en cualquier hipótesis, de idénticas ventajas del desarrollo” (Freire, 1982:17). De esa manera Freire insistirá que frente a las asincronías geográficas, de clase y de poder y de niveles de desarrollo, lo crucial es construir un modelo de arquitectura social que permita interrelacionar, articular y sumar condiciones diferenciadas en torno a un objetivo mayor: el desarrollo social y humano.

Esa lectura, interesante y adelantada, que plantea combinatorias e interpenetraciones, y cierta “unión” de los contrarios, sin embargo no prosperó en discusiones y avances teóricos y pragmáticos que permitiesen repensar la clásica dicotomía urbano-rural. Y algunas experiencias políticas tampoco se volvieron paradigmáticas (como por ejemplo las iniciadas en el estado de Paraná, Brasil).

Pero para ese momento, sí vale reconocerlo, avances significativos operaron en muchos campos del conocimiento que interesados por las transformaciones socio-culturales de la coyuntura enfocaron las cuestiones de otredad, respeto y consideración que merecían las diversas culturas. En el campo de la comunicación y fronteras afines, por ejemplo, Canclini y Martín Barbero se constituyeron en clásicos a través de *Culturas Híbridas* (1990) y *De los Medios a las Mediaciones* (1987).

Esas transformaciones de los '90, en tanto, también insistieron en orientar los estudios y focos de interés en un tipo básico de penetración y articulación de contrarios pero de base unidireccional. Esto es, de cierta inexorabilidad de la dominancia de lo urbano sobre lo rural y por tanto de la urbanización como modalidad creciente y enfáticamente excluyente.^{cii} Desde nuestra perspectiva, sin embargo, otra orientación y mirada resulta conveniente para captar la *bidireccionalidad de los procesos*. Esto es, suponiendo que la penetración de lo urbano en lo rural también implica en su opuesto la penetración de lo rural sobre lo urbano.^{ciii} Y sobre esa última instancia y emergencia nos referiremos a continuación.

Momento Quinto: la interpenetración de los contrarios

La idea de que los procesos sociales no son rígidos o autónomamente predeterminados encuentra en la literatura una basta producción académica.^{civ} Desde la escuela francesa, por ejemplo, Morin insistirá en que las culturas modernas no se constituyen como un único sistema. La realidad es fundamentalmente policultural, insiste el autor. No hay culturas autónomas en sentido absoluto, sino culturas que se impregnan y a veces engloban o son englobadas por otras culturas (Morin, [1962]).

En ese marco los haceres, prácticas, rituales y sistemas simbólicos resultan de una diversidad de experiencias, lenguajes y códigos con diversos grados de entrelazamiento y contacto. Por tanto, de una coexistencia en un continuo movimiento de constitución de relaciones y configuraciones con

afectación mutua. Y la mutualidad supone reciprocidad y ésta por su vez un movimiento de bidireccionalidad.

Lo que en la realidad es aparentemente heterogéneo o contrario, advierte Gurtvich, requiere de una lectura de implicación dialéctica, por cuanto los elementos y sectores conforman intersecciones, se delimitan, pero también se contienen y se interpenetran hasta cierto punto, o son parcialmente inmanentes los unos respecto a los otros. (Gurtvich, 1969 :272).

Desde esa perspectiva, postular la interpenetración de contrarios en la dicotomía urbano-rural, supone simplemente afirmar que la predominancia de un polo sobre el otro no inhibe el proceso contrario. Por esa razón, reconocidos los procesos de penetración de lo urbano sobre lo rural, incluso como hegemónicos, también se requiere observar sus procesos opuestos. O lo que puede designarse como ruralización de lo urbano.

Si junto a la conformación de la modernidad Rousseau se admiraba por las migraciones de los calmos paisajes rurales a la “tourbillon social” de las capitales en plena expansión, ¿es posible suponer que esos procesos dejaban indemnes a las prácticas, rituales y simbologías urbanas de la época?

La pregunta es válida para cualquier época, pero también para la supuesta sociedad de la información del siglo XXI en la que algunos insisten que vivimos, incluso en nuestras coordenadas geográficas.

En ese marco, lo urbano, en la perspectiva que nos ocupa, tiene otra cara. Ya no es el fenómeno de los actores, situaciones y prácticas que en ambientes y espacios rurales se impregnan de dispositivos, hábitos y códigos urbanos como los descritos en las nuevas ruralidades de la « pluriactividad », sino que es el caso de los actores y situaciones que en ambientes ciudadanos recurren a la emergencia de los saberes, valores, prácticas y dispositivos que por asociación típica fueron y son considerados rurales.

La ruralización, en ese caso -dirá Jesús Martín Barbero (1999)- se manifiesta en la emergencia de culturas de la sobrevivencia en los espacios urbanos. O como indica Weller (1997), en lo que puede llamarse "actividades de refugio": carreros, cartoneros, junta basuras, etc. Quienes, movilizándose en carros tirados por caballos y sin pretenderlo, modificaron los paisajes, planos, estéticas y dignidades, y también regulaciones y convivencias. Pero también generaron nuevas percepciones, imaginarios, tratos y relaciones.

Si las lecturas de los contrarios permiten avizorar enfoques comprensivos que trasciendan las lecturas polares de lo que está de un lado o del otro; de lo que puede ser tradicional o moderno, rural o urbano, integrado o no, y pasan a concebir esas interpenetraciones como parte de la dinámica de las existencias y sub-existencias de esta contemporaneidad tardía, la perspectiva de análisis que se postula importa porque abre una serie de interrogantes claves. Por ejemplo, respecto a las relaciones que se establecen entre las percepciones y expectativas sociales sobre el cambio social y sus correlatos con las condiciones de existencia reconocidas, los problemas sociales y ambientales que preocupan y

las valoraciones que se asocian y vehiculizan, entre otras, a través de las instancias mediáticas como protagonistas privilegiadas.

Si la idea no es nueva, tal vez si nos corresponda asumir cierta responsabilidad en su insistencia.

La rurbanidad a la que nos referimos, puede entonces postularse como una condición social emergente y resultante de una diversidad de procesos de interpenetración y coexistencia de contrarios. Como condición social significativa, interesará entonces por lo que implica, expresa y grita frente a los sistemas culturales hegemónicos y también por lo que supone, en cuanto negación de visibilidad, como oculto creciente, dramático y silencioso.

Consideraciones Finales

Hoy, plantear la ruralidad como un plural, parece lógico y correspondiente. Pero ante esa convergencia comprensiva las categorías conceptuales que se tienen arrastrán por detrás diversos procesos y deudas intelectuales y sociales que resulta conveniente reconocer y revisar.

El recorrido que hicieramos por los momentos que se propusieron nos permite también identificar los “movimientos” que la dinámica de las categorías conceptuales dominantes tuvo y su interconexión, diálogo, oposición y/o articulación a sus referentes y emergentes.

El conjunto de relaciones que podemos tejer entre esas temporalidades y los modos de designar y comprender, que resultaron dominantes, nos permite observar como i) ante la indiferenciación del espacio se correspondió el “reconocimiento” de sus funcionalidades; como ii) ante su diferenciación emergió el “deslumbramiento”; luego como iii) ante la delimitación de las coordenadas, su ubicación y significación, importó la “descripción” y “categorización” (propia de la ciencia positiva); y como iv) ante la jerarquización de un polo sobre el otro resurgió la “preocupación” por la imposición y penetración. De ese modo, si enfocamos v) la interpenetración, interesará y resultará necesaria la “reconfiguración comprensiva” que ante la bidireccionalidad de los procesos señale los escenarios de la invisibilidad y la emergencia.

En ese marco, lo rurbario y la rurbanidad que emerge de la ruralización de lo urbano son antes que nada una condición social, un modo de subsistencia y un conjunto de circunstancias que edificadas tras el manto del progreso soberano, dejaron a su sombra precariedad, marginalidad e historias familiares y colectivas que precisan reconstruir otro tipo de sueños.

La mirada que enfoca esa realidad, ya supo tener lentes para descifrar sus contornos. Aunque tal vez cierta falta de memoria, algunos ocultamientos simbólicos y otros tantos intereses materiales corrieron su dial.

Cuando la sociedad de este siglo, enumera a su alrededor las carencias de diálogo, las entropías ambientales y los desbordes de la precariedad, volver a reconstruir sus pasos es una de las tareas insoslayables para poder imaginar otros

escenarios, otra comunicación, otro ambiente, y también otro modo de penetrar y proyectarse la ruralidad.

Referencias Bibliográfica

1. Berman, M. 1986. *Tudo que é sólido desmancha no ar. A aventura da modernidade*. São Paulo, Companhia das Letras.
2. Burke, P. 2003. *Hibridismo Cultural*. São Leopoldo, Editora Unisinos.
3. Carneiro, M. J. 1999. "O ideal *rurbano*: campo e cidade no imaginário de jovens rurais", en Teixeira da Silva, F.C., R. Santos, L.F.C. Costa (orgs) *Mundo Rural e Política: ensaios interdisciplinares*. Ed. Campus/Pronex.
4. Castro Oliveira, V. de 1988. "Questões metodológicas da comunicação rural", en Silveira, M. da y Canuto, J. *Estudos de Comunicação Rural*. São Paulo, Ed. Loyola-INTERCOM.
5. Cimadevilla, G. 1997. "Relatos, informes y ensayos. Un recorrido por los estudios de comunicación rural", en *La bocina que parla. Antecedentes y perspectivas de los estudios de comunicación rural* (Cimadevilla, G. et alii). Río Cuarto, INTA-UNRC.
6. Cimadevilla, G. 2002. "Las transformaciones del mapa occult-tural", en Cimadevilla, G. *Comunicación, Tecnología y Desarrollos. Discusiones y Perspectivas desde el Sur*. Río Cuarto. UNRC.
7. Cimadevilla, G. y Carniglia, E. 2004. *Comunicación, ruralidad y desarrollo. Mitos, paradigmas y dispositivos del cambio*. Buenos Aires, Ediciones INTA.
8. FGV. Fundação Getulio Vargas. 1986. *Dicionário de Ciências Sociais*. Rio de Janeiro, FGV.
9. Freire, G. 1982. *Rurbanização: que é?*. Recife, Editora Massangana.
10. Galpin, Ch. 1918. *Rural Life*. New York, The Century Co.
11. García Canclini, N. 1990. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo.
12. González Seara, L. 1971. *La Sociología aventura dialéctica*. Madrid, Editorial Tecnos.
13. Goody, J. 1985. *La dimensión del pensamiento salvaje*. Madrid, Akal.
14. Graziano da Silva, J. 1999. *O novo rural brasileiro*. Campinas, São Paulo: Unicamp. Instituto de Economia, (Coleção Pesquisas, 1).
15. Graziano da Silva, J.; del Grossi, M. E. "A evolução do emprego não agrícola no meio rural brasileiro". 2001. In: *Projeto Rurbano*. Instituto de Economia. UNICAMP. Disponible en www.eco.unicamp.br/projeto_rurbano.
16. Klein, E. 1992. *El Empleo rural no agrícola en America Latina*. Santiago, PREALC/OIT, documento nº 364, 22 p.
17. Gurtvich, G. 1969. *Dialéctica y Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
18. Kolb, F. 1992. *La ciudad en la antigüedad*. Madrid, Gredos.

19. Lefebvre, H. [1970]. "Problemas de sociología rural" en Souza Martins, J. de (Org.). 1986. *Introdução crítica à Sociologia Rural*. São Paulo, Editora Hucitec.
20. Mair, L. 1970. *Introducción a la antropología social*. Madrid, Alianza Editorial.
21. Martín Barbero, J. 1987. *De los medios a las mediaciones*. Barcelona, Edit. Gustavo Gilli.
22. Martín-Barbero, J. 1999. "Las transformaciones del mapa cultural: una visión desde América Latina". *Ambitos 2* (Sevilla, enero-junio 1999, págs. 7-21), www.ull.es/publicaciones/latina/ambios2/barbero.html.
23. Mattelart, A. 1993. *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid, Fundesco.
24. Meek, R. 1981. *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Madrid, Siglo XXI.
25. Moreira, R. 2003. "Extensão Rural na contemporaneidade: cultura e política", en Thornton, R. y Cimadevilla, G. *La Extensión Rural en Debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el MERCOSUR*. Buenos Aires, Ediciones INTA.
26. Morin, E. [1962]. *El espíritu del tiempo*. Madrid, Taurus, 1976.
27. Morin, E. 1996. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa Editorial.
28. Nisbet, R. [1970]. "Conservadorismo e sociología" en Souza Martins, J. de (Org.). 1986. *Introdução crítica à Sociologia Rural*. São Paulo, Editora Hucitec.
29. Newby, H. 1983. "El desarrollo de la sociología rural: de la ley Purnell a los Path análisis", en Newby, H. y Sevilla Guzmán, E. *Introducción a la sociología rural*. Madrid, Alianza Editorial.
30. Ortega y Gasset, J. [1930]. *La rebelión de las masas*. 1983. Barcelona, Hyspamérica.
31. Rogers, E. 1962. *Diffusion of innovation*. Free Press, New York.
32. Rogers, E. y Shoemaker, F. 1971. *Communication of innovations. A cross-cultural approach*. New York, The Free Press; London, C. MacMillan Publishers.
33. Romero, J. L. 1976. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
34. Rossi, P. 2000. *Naufregios sem espectador. I idéia de progresso*. São Paulo, Editora UNESP.
35. Rostow, W. 1974. *El desarrollo económico*. Barcelona, Salvat.
36. Santos, M. 1994. *Atécnica, espaço, tempo. Globalização e meio técnico-científico informacional*. São Paulo, Hucitec.
37. Santos, M. 1997. *A natureza do espaço*. São Paulo, Hucitec.
38. Santos, T. do 1983. *Revolução Científico-Técnica e capitalismo contemporâneo*. Petrópolis, Vozes.

39. Schneider, S. 2001. "As atividades rurais não-agrícolas e as transformações do espaço rural: perspectivas recentes". En *Cuadernos de Desarrollo Rural*, Universidad Javeriana. Bogotá.
40. Serrano Gómez, E. 1994. *Legitimación y racionalización*. México, Anthropos-UNAM.
41. Solari, A. 1971. *Sociología Rural Latinoamericana*. Buenos Aires, Piados.
42. Sole, C. 1998. *Modernidad y modernización*. México. Anthropos-UNAM.
43. Souza Martins, J. de (Org.). 1986. *Introdução crítica à Sociologia Rural*. São Paulo, Editora Hucitec.
44. Valeiras, J. 1992. "Principales instituciones especializadas de investigación y extensión", en Oteiza, E. (Dir.) *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y Perspectivas*. Buenos Aires, CEAL.
45. Vela, H.; Hetzel, A. 2003 *Agricultura familiar e desenvolvimento rural sustentável no mercosul*. Santa Maria, UFSM.
46. Veiga da, J. 2002. *Cidades Imaginárias. O Brasil é menos urbano do que se calcula*. Brasil, Editora Autores Associados.
47. Vidart, D. 1960. *Sociología Rural, (1)*. Barcelona, Salvat Editores.
48. Wallestein, I. 1998. *Utopística. O las opciones históricas del siglo XXI*. México, Siglo XXI – UNAM.
49. Weber, M. [1922]. *Economía y Sociedad*. 1996. México, Fondo de Cultura Económica.
50. Weller, J. 1997. "El empleo Rural no Agropecuario en el istmo Centroamericano". *Revista de la Cepal*, 62:75-90 (ago).
51. Williams, R. 1989. *O campo e a cidade. Na história e na literatura*. São Paulo, Companhia das Letras.
52. www. eco. unicamp. br. projeto / rurbarno. *Proyecto Caracterização do Novo Rural Brasileiro-Projeto Rurbano*, coordinado por José Graziano da Silva. Disponible en home page.

Notas

^{lxxvi} El mundo natural, plantea Santos (1997:104), tiene un movimiento perpetuo de intercambio de energías, por lo que su identidad se renueva. A ello Whitehead lo denomina "diversificación de la naturaleza", y supone que a una diversificación le sigue otra y con ello la naturaleza va mudando como un todo. Pero la primera presencia del hombre es un factor nuevo en la diversificación, plantea Santos. Cuando él "le atribuye un valor a las cosas, suma al proceso de cambio un dato social" (Santos, pág. 105).

^{lxxvii} Citado en Goody J. (1985).

^{lxxviii} El concepto de urbe nos llega del latín *urbs*, que significa *lugar acotado*. Por oposición a lo urbano, los romanos designaban al espacio con el nombre de *ager*, refiriéndose con ello al *entorno*. Kolb, op. cit. pág. 150-51.

^{lxxix} Jericó, situada junto al mar Muerto, en la cuenca del Jordán, es el ejemplo más conocido de un asentamiento calificado como proto-urbano. (Kolb, op. cit. pág. 19).

^{lxxx} Kolb analiza en esos términos diversas acepciones que sostienen Weber y Finley y toma como

criterio distintivo del concepto las siguientes condiciones de situacionalidad: 1. Unidad topográfica y administrativa del asentamiento; 2. Población de varios miles de habitantes como presupuesto para: 3. Reparto del trabajo y diferenciación social bien definidos; 4. Diversidad de construcciones; 5. Modo de vida urbano; 6. Función del asentamiento como centro de un entorno. (Kolb, op. cit. pág. 15)

^{lxxxix} “Lo urbano es frecuentemente lo abstracto, lo general, lo externo -afirma Santos. La ciudad es lo particular, lo concreto, lo interno. No hay que confundir. Por eso, en la realidad, hay historias de lo urbano e historias de la ciudad” (1994:69).

^{lxxxix} Publicada en Madrid por Revista de Occidente. Otra obra sumamente interesante dedicada a dar cuenta de las transformaciones más significativas que trajo consigo la “modernidad” es el trabajo de Marshall Berman titulado: *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La aventura de la modernidad* (Para este trabajo se consultó la versión portuguesa de Companhia das Letras, São Paulo, 1986).

^{lxxxix} Al respecto puede observarse que los sociólogos rurales comenzaron a utilizar los conceptos de *gemeinschaft* en sus estudios empíricos, “al principio identificándolo toscamente con la vida en el campo, después aplicándolo de manera más refinada. Nisbet, por ejemplo, adoptó ese concepto para referirse a las relaciones entre individuos caracterizados por un alto grado de intimidad personal, cohesión social o compromiso moral y continuidad en el tiempo”. (RIOS, en FGV. 1986. *Dicionário de Ciências Sociais*, Rio de Janeiro. Pág. 511)

^{lxxxix} Otros escritos del siglo XVIII, que incluso han circulado tempranamente por América, también se han detenido en la problemática rural. Bougainville, por ejemplo, publica en Paris en 1771 su *Viaje alrededor del mundo* y refiere a las depredaciones de las áreas rurales ocasionadas por indios y maleantes. Concolorcorvo, en su *Lazarillo de Ciegos y Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima* (1773), también describe la vida rural y sus costumbres no ahorrando valoraciones sobre la “semibarbarie” que lo habita. Ver Vidart en su obra *Sociología Rural* (1960), publicada por Salvat, Barcelona. Págs. 317 y ss.

^{lxxxix} A decir de Vidart: “Toda ciencia nació urgida por espuela de preocupaciones prácticas. Saber interesado antes que abstracciones, procuró resolver coyunturas vitales para el hombre y su sociedad” (1960:224). Para ampliar la discusión sobre la identidad y proyección del campo de la Sociología Rural puede consultarse la obra *Introdução crítica à Sociologia Rural*, de José de Souza Martins (org.) São Paulo, Hucitec, 1986.

^{lxxxix} El contenido esencial del conservadorismo se mantiene, afirma Nisbet [1970], pero el abordaje metodológico cambia significativamente. Le Play consigue que el estudio de la familia y las comunidades locales deje de tratarse de modo teológico, romántico o evolutivo y propone una perspectiva más consistente, de investigación comparativa sobre casos reales. “Con esa metodología -afirma el autor- desarrolló un complejo de técnicas precisas para el estudio detallado de los seres humanos en sus ambientes institucionales” (Nisbet en Souza Martins, 1986:74).

^{lxxxix} Los primeros sociólogos americanos como Giddings y Sumner, detalla Newby, así como la luego nominada Escuela de Chicago, “eran indiferentes o no tenían ningún interés por estos problemas. La sociología rural, por tanto, se desarrolló independientemente de la sociología general. Sus primeros representantes no sólo recibirían una escasa formación sociológica académica, sino que sus esfuerzos se organizarían y basarían en un marco institucional totalmente distinto” (Newby, en Newby y Sevilla Gasmán, 1983:23).

^{lxxxix} En su mayoría los estudios eran exposiciones de hechos y cifras sobre los diferentes aspectos de la vida en las comunidades rurales, por tanto se entendía que ello sería suficiente para justificar los programas de intervención y mejoras (Newby, pág. 25).

^{lxxxix} El escrito de Taylor rescatado por Newby (1983) es “The Development of Rural Sociology Abroad” (1965).

¹⁷ Meek, R. (1981) *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Madrid, Siglo XXI.

¹⁸ Barbosa, L. (1986) en FGV, *Dicionário de Ciências Sociais*, op. cit., págs. 444-45.

¹⁹ Esa concepción simplista y unilineal del devenir de los pueblos no fue necesariamente la marca registrada de los evolucionistas. Muchos de sus pensadores sostenían -como bien aclara González Seara- que “el hecho de que, en conjunto, la evolución sea progresiva, no significa que el progreso sea universal y necesario. Spencer se hallaba, es cierto, cerca de esta última concepción, pero la Sociología de Hobhouse (inicios del siglo XX), por ejemplo, que parte de Spencer, dejó ya eliminada toda idea de un desarrollo unilineal de la sociedad”. *La sociología, aventura dialéctica*, op. cit. (1971:55).

^{xciii} Una lectura sugestiva sobre esas bondades se encuentra en la obra de Paolo Rossi, *Naufragios sem espectador. A ideia de progresso*. São Paulo, UNESP, 2000.

²⁰ Esa interpretación de la conformación de las culturas y sociedades sin lugar a dudas entró en cierta colisión con las teorías evolucionistas, por cuanto interponía la imitación a la capacidad creativa de los pueblos. Ya en este siglo, reconoce Mair, la mayor parte de los autores prefieren sostener que la historia de la sociedades humanas tienen “que haber sido una mezcla de desarrollo independiente y de efectos de influencias externas”. Mair, L. (1970) *Introducción a la antropología social*. Madrid, Alianza Editorial, pág. 30.

²¹ Santos do, T. (1983) *Revolução Científico-Técnica e capitalismo contemporâneo*. Petrópolis, Vozes, pág. 48.

²² “Las sociedades tradicionales -comenta Rostow-, históricamente no eran estáticas, tenían ciencia e invenciones, pero no existía en ellas un flujo estable de innovaciones tecnológicas. Por esto su historia es cíclica, ya se trate de pequeñas tribus africanas o de dinastías chinas, imperios griegos, romanos, persas o hindúes. Estas sociedades podían expandirse hasta cierto punto, pero siempre se encontraban con un techo tecnológico que las llevaría a crisis complicadas y a una posterior decadencia. Ahora bien, este módulo cíclico de la historia se rompió en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII. Europa occidental y las colonias estadounidenses se hallaban, en los siglos XVII y XVIII, en lo que yo llamo condiciones previas al take-off o despegue(...) (es decir) que realizaban ciertas tareas funcionales necesarias para la industrialización (...)” Y “en ese proceso dinámico se tejió la revolución científica” . Rostow, W. (1974) *El desarrollo económico*. Navarra, Salvat Editores, págs. 13-14.

²³ Obras de referencia de los autores mencionados son: *The passing of traditional society* , D. Lerner, New York, Free Press, 1951; *Modernization and the structures of societies*, T. Parsons y M. Levy Jr., Princeton, Princeton University Press, 1965; y *Política y Sociedad en una época de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, G. Germani, Buenos Aires, Paidós, 1962.

²⁴ “Las premisas teóricas de la comunicación para el desarrollo rural van a estar básicamente ligadas al difusionismo --expresa Castro Oliveira (1988)--. Partiendo del principio de que la modernización tecnológica es sinónimo de desarrollo, los difusionistas hacen una lectura dicotómica y comparativa entre las sociedades (desarrolladas y subdesarrolladas) y subsistemas de una misma sociedad (medio urbano y medio rural) (...). El pasaje positivo de un estadio a otro se daría mediante la introducción de recursos oriundos del polo valorado positivamente (...) Con eso se crean las condiciones necesarias para que las sociedades y subsistemas atrasados se puedan modernizar y adquirir modos del polo valorado positivamente”. Castro Oliveira de, V. “*Questões metodológicas da comunicação rural*” en *Estudos de Comunicação Rural* (1988) da Silveira, M. y J. Canuto. São Paulo, Ed. Loyola/Intercom, pág. 39.

²⁵ En el caso argentino ese aspecto fue clave. “El incremento de la producción --aclara Valeiras-- no podía darse como en épocas anteriores por la expansión de la frontera agrícola, proceso que ya había quedado prácticamente agotado. ‘No es posible ya, decía Prebisch (CEPAL, 1956) aumentar rápidamente la producción con la incorporación de nuevas tierras a la frontera agrícola. De ahí la exigencia perentoria de aumentar los rendimientos para alcanzar el objetivo (...) para lo cual se requiere un programa de acción técnica, respaldado por investigaciones sistemáticas, que vaya avanzando desde medidas simples y de efectos tempranos hacia otras que

demorarán más tiempo en fructificar; y todas ellas deberán estar subordinadas a claros objetivos de orden económico' ". Valeiras, J. (1992) "*Principales instituciones especializadas de investigación y extensión*" en *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Oteiza E. (Dir.). Buenos Aires, CEAL, pág. 141.

- ^c Discusión que los mencionados autores plantean en la obra compilatoria de Souza Martins (1986).
- ^{ci} Espacio académico donde se asienta el Proyecto Caracterização do Novo Rural Brasileiro-Projeto Rurbano, coordinado por José Graziano da Silva. Disponible en home page [www. eco. unicamp. br. projeto / rurbano](http://www.eco.unicamp.br/projeto/rurbano).
- ^{cii} En su clásico *Economía y Sociedad* [1922], por ejemplo, Max Weber afirma que la ciudad es, en primer lugar, una comunidad de mercado. Por eso al pensar en el mercado se piensa en la ciudad y la expansión de uno supone la expansión del otro y viceversa. Si las ciudades y el capitalismo corren paralelos, como afirma Serrano Gómez (1994), y la tesis de Wallerstein (1988) resulta plausible, el sistema mundial de un capitalismo necesariamente global ya no dejaría, entonces, rincones de la vida social y cultural sin transformar. Todo, por tanto, se orientaría a convertir en un gran mercado. Para lo cual vale también preguntarse si en ese paralelismo mercado-ciudad, ¿todo se transformaría adoptando las formas citadinas-urbanas? Cualquier respuesta basada en lecturas complejas por cierto rechazaría una afirmación de totalidad, pero la pregunta se constituye en un eje insoslayable para las ciencias sociales actuales.
- ^{ciii} Con esa lectura teórica desarrollamos varios trabajos que procuran problematizar lo rurbano (Cimadevilla, 2002; Cimadevilla y Carniglia, 2004) mostrando modalidades en la que se verifican los procesos.
- ^{civ} Estimulante y cargado de referencias bibliográficas y situacionales que discuten la problemática resulta el pequeño texto de Peter Barke (2003), *Hibridismo Cultural*. São Leopoldo, Editora Unisinos.